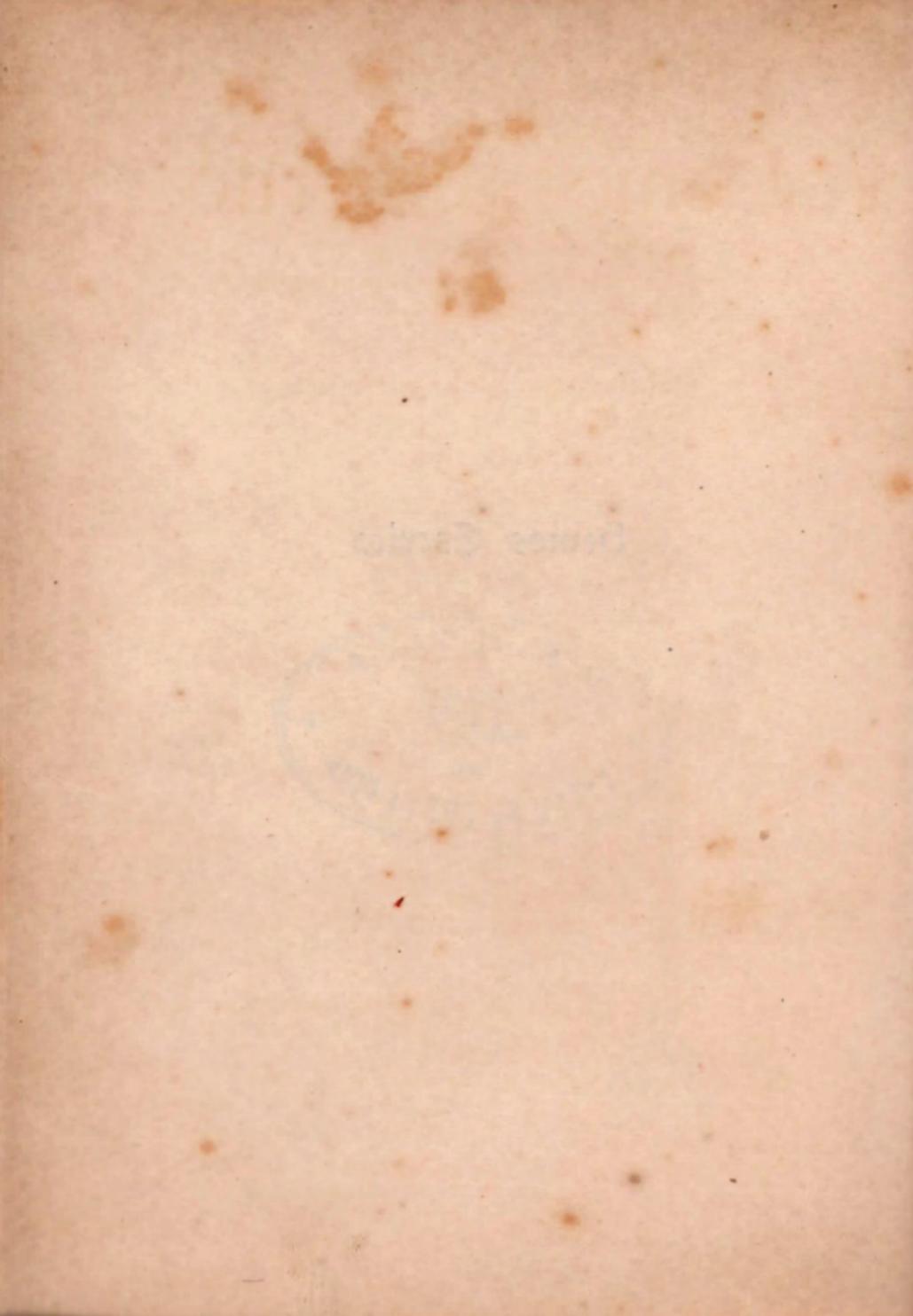


Hemos Escrito



Liceo



Hemos Escrito

Selecciones de escritores alajuelenses

que recogen y publican como
homenaje a la Patria en
el día de su Centenario:

León Cortés

Raúl Acosta G.

Luis Dobles Segreda

(Iniciativa del Instituto)

Alajuela, Costa Rica, 15 de Setiembre

1821 - 1921

C.E.
860.8
H489h C.R.



17 NOV. 2021



0001478555

LIBRERIA, IMPRENTA Y ENCUADERNACION ALSINA

Introito

Lejos estamos de creer, y menos de pregonarlo aquí a grito herido, que todo lo que en este tomo se contiene sea cosa de grande mérito y no poco momento.

Con guardarse dentro de este estuche joyas valiosísimas, no se nos oculta que las hay también de principiantes que aun no han podido dar todo pulimento y acabado a la inquietud de espíritu que en sus prosas o versos se adivina.

Lo que nos propusimos, y creemos haber llevado a buen término, fué recoger un ramillete del solar nativo, en que se junten y hermanen diversas modalidades y aspectos del alma de Alajuela.

Como ramillete, súmanse en él los más diversos matices y los más distintos aromas; pero, dentro

de tal variedad, vase mirando y sintiendo la rica pujanza de la era propia, con el sudor de la frente regada y con el alma alegre en espera.

Era el deseo que este haz de flores, que lo es de ensueños y de esperanzas, fuese colocado el día quince de setiembre en el búcaro criollo que ha de ponerse frente al ara de la Patria para festejarla.

Es el primer cumpleaños de la tierra libre, porque las naciones cuentan su edad por siglos.

Al cumplimentarla, nada más propio a sus hijos que ofrecerle lo que han cultivado, con amor y con devoción, sobre la propia parcela. que es un rincón de su entraña fecunda.

Las imprentas, sobrecargadas de trabajo, retrasaron esta publicación, lista para aquella fecha, pero como tal retraso sólo fué material, la obra del espíritu coronóse y quedó satisfecha del homenaje en aquel fausto día.

Entendemos que estas obras del pensamiento son las que más perduran, las que no corroe el ácido del tiempo, ni oculta la bruma del olvido, y como el homenaje lo deseamos perdurable y perenne, éste le rendimos.

Y tales cosas dichas, que eran de urgencia y necesidad para entender por qué y para qué el tomo

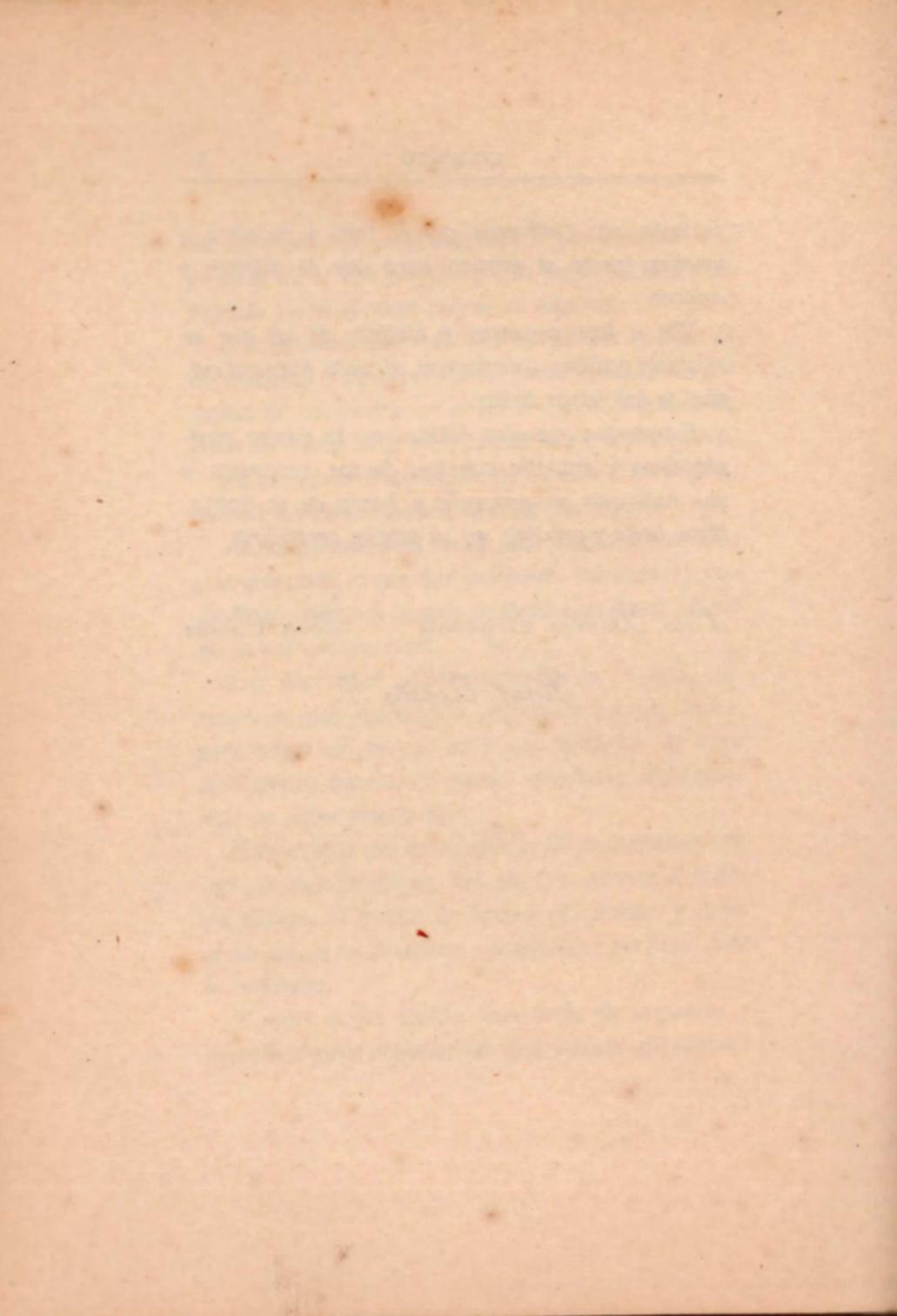
se hace, nos retiramos por el foro y dejamos a ustedes frente al estrado para que se deleiten y solacen.

Van a leer pensares y sentires de los que en Alajuela dedican, o dedicaron, algunas horas al cultivo de las letras bellas.

Esperamos que sean leídos con la misma complacencia y simpatía con que fueron recogidos y que todo sea en provecho y honra de la Patria, libre, bella y pródiga, en su primer centenario.

Luis Dobles Segreda León Cortés

Raúl Acosta S.



De Julio Acosta G.

El Secreto de Cervantes

La Sublime Puerta

Homo homini lupus

Dr. John Smith &

of New York
in the year
1850

El secreto de Cervantes

UN joven cervantófilo salvadoreño, — y ya está dicho que es nobilísimo y espiritual, condiciones bien escasas en estos tiempos prosaicos y en este medio ambiente sanchuno, — nos facilitó el otro día un curioso libro intitulado *El secreto de Cervantes*, que nos ha proporcionado gratísimo solaz, a tiempo que nos ha hecho olvidar sabrosamente, a lo menos por unas horas, este asendereado trajín que, por las trazas, ha de prolongarse hasta el día, la hora y el minuto exactos y precisos en que demos con nuestro cuerpo en tierra, este pobre cuerpo extenuado por la fantasmagórica persecución de la dicha, que ha absorbido estéril-

mente los nueve décimos de nuestra loca actividad terrena.

Según se barranta, don Atanasio Rivero publicó en *El Imparcial* de Madrid, «a dos columnas, con titulares gigantescas y en primera plana», unos famosísimos artículos en que demostraba que, a vuelta de indecibles afanes, en los que sale a relucir «la luz fatigada del Izalco», había hallado el secreto de Cervantes y estaba en posesión de su auténtica biografía.

Es inútil hablar del revuelo y la algazara que produjo la noticia en la villa del oso y del madroño, muy principalmente entre los ilustres miembros de la Academia Española y en el areópago sacratísimo de los cervantistas. Como un panal al que un pillete ha apedreado, así zumbaba el cervantismo, interrumpido extemporáneamente por el buen don Atanasio en lo mejor de sus sesudas y eremíticas lucubraciones.

Rivero, que para colmo de males estuvo en San Salvador, y fué aquí, según afirma un escritor madrileño, «secretario de un generalito chinche y borrachuelo», dispó de-

masiado pronto el hechizo, al revelar sus métodos de investigación. Y cuando todos se enteraron de que el Quijote venía a ser un vasto y laberíntico anagrama, del que Cervantes se valió para transmitir a los futuros siglos los detalles de su vida, don Atanasio volvió a la obscuridad y al no ser, de donde en mala hora salió para alborotar el cotarro con sus infundios y enredar aún más esa madeja de once mil diablos en que se van convirtiendo la vida de don Miguel de Cervantes y las aventuras de don Alonso Quijano.

Interrogados los cervantistas acerca de la peregrina humorada de don Atanasio Rivero, dieron a la estampa en distintos diarios sus opiniones, con feliz gracejo unas, donosamente picantes otras, no pocas bien nutridas de erudición y sapiencia, y todas muy interesantes y deleitosas. Con ellas se editó un libro, y éste es el que tenemos entre manos.

Su lectura nos ha sugerido muy diversas reflexiones. Hemos leído muchas veces y hemos filosofado largos ratos, pensando en

los belenes que se arman todos los días en este pícaro mundo, todo por no admitir, buena y humildemente, lo que brilla en la superficie de las cosas, y empeñarse en rebuscar en lo más hondo y obscuro, para dar a la postre con sabandijas y endriagos.

Hubo un soldado insigne que perdió un brazo en la batalla de Lepanto, en brava defensa de España y en holocausto a la civilización del mundo. Con el que le quedaba, que era un haz de resplandores, y por que manejaba con el mismo donaire la pluma que la espada, escribió unas páginas que, cuanto más rueda el tiempo, más luz despiden, hasta el punto que la suya casi deja en la penumbra la de otras obras del ingenio humano.

Con mágicos rasgos pintó un héroe, o mejor dicho, dos, que cautivaron y embelesaron primero a España y después a toda la humanidad. Y al pintarlos, como de la vida sólo había gustado los cardos, sin derramar una lágrima, como buen caballero cristiano, antes bien, sazónólos con el agridulce de su risa excelsa, en sus dos héroes se pintó él,

no como Miguel de Cervantes Saavedra, sino como parte integrante de la raza humana, que es un todo. Por donde resulta que en don Alonso Quijano y en su escudero, al condensar él sus amarguras, sus anhelos, sus sonrisas, su malicia, y en las horas de desaliento, las sollicitaciones mezquinas de su naturaleza inferior, y en todas las horas de su vida los destellos fulgurantes y divinos de su espíritu, condensó todo lo que a la humanidad atañe, con sus doradas cumbres y sus honduras dantescas, y todo lo que, de un modo u otro, interesa al extraño peregrino que, atado por los pies a la roca sanchesca de la vida, no aparta, sin embargo, los ojos de aquella cima fúlgida que lo fascina, el Empíreo, la celeste patria, donde vive y sueña la sin par Dulcinea.

Así nos parece, y perdónesenos que tomemos vela en este entierro. Creemos que están deshilachando despiadadamente esa tela incomparable; que están desnaturalizando el genio de Cervantes con ese millón de suposiciones y fantaseos, que sólo sirven para destruir las líneas impecables y perfec-

tas con que se alza ante los siglos la figura del Ingenioso Hidalgo, el Príncipe de los ingenios españoles, el espejo de los caballeros del mundo. La humanidad está allí, reflejándose en el límpido cristal. No agitemos las aguas, porque si bien desaparecerían los perfiles acusadores del corazón humano, que pueden ser enojosos para muchos, se borrarían también las huellas del Ideal, que marcó allí el Ángel de la Gloria.

En su libro *La Ruta de Don Quijote*, nos dice Azorín que en todas las llanuras de la Mancha, que él recorrió, y muy señaladamente en Argamasilla de Alba, encontró a su paso personajes que cualquiera confundiría con don Quijote o con Sancho. El escritor italiano Paolo Savj-López asegura que los rasgos de Sancho y de su amo se pueden observar en cualquier lugar de toda España: en una plaza, en una venta, entre los compañeros de viaje de una diligencia. Y nosotros añadimos, que las líneas maestras de esas dos creaciones de la belleza y de la Verdad se encuentran en todos los hombres y en todos los pueblos del planeta,

y que, por eso mismo, son inmortales; que por eso mismo mientras aliente un solo ser que tenga las plantas hundidas en el lodo y la frente tocando en los cielos — y ese ser es el hombre — vivirán junto con él las sombras prodigiosas de don Miguel de Cervantes y las de don Quijote y Sancho.

Por lo demás, si a nosotros se nos hubiese interrogado en tan memorable ocasión — y líbrenos Dios de pretender algún mérito para ello — habríamos contestado con don Miguel de Unamuno: «Tales bobadas no merecen ni el honor de hablar de ellas. Son pasatiempos de una infantilidad abrumadora».

(Envío del autor).

La Sublime Puerta

ALLÁ en el extremo oriental de Europa vegeta y agoniza, desde hace muchos años, un pueblo que, en su hora, hizo temblar al mundo con el brillo deslumbrante de su alfanje, guiado por bárbaros sultanes que soñaron con el dominio universal, y con plantar el estandarte de la Media Luna en el propio corazón de la aterrada cristiandad.

Todavía suenan en los oídos de todas las naciones, revueltos con el centelleo fascinante de sus armas, los nombres de Selim, Bayaceto y Solimán. Todavía se escucha en los alrededores de Viena y en las llanuras de Hungría el eco de sus gritos de guerra

y del inquieto piafar de sus caballos; y todavía se mira la figura legendaria del Caballero Blanco de Valaquia, rechazando impertérito las hordas invasoras y salvando la civilización del mundo, puesta en peligro aquella vez por el empuje ardiente e irrefrenable del Islam; puesta en peligro ahora, al cabo de los siglos, por el maridaje de la ciencia y de la fuerza, ambas al servicio de los poderes del mal.

¡Cuán lejanos están aquellos tiempos! Desaparecieron los sultanes bárbaros y crueles, si bien valientes e incansables, que anhelaban pasear por el orbe el nombre del Profeta, y llevaron el espanto y la zozobra a todos los tronos europeos; y hoy sólo alientan en los muelles palacios de Bizancio los tétricos sultanes que asesinan por centenas de millares a los niños y a las mujeres de Armenia, por el crimen de poner sus ojos, doloridos y azorados, en los ojos de cordero del Cristo de Judea; los fúnebres sultanes que mancillan en las noches las ondas del Bósforo con la mísera sangre de sus víctimas, inmoladas sin piedad en el

silencio sepulcral de las mazmorras; los sultanes lujuriosos que deshojan insaciables las rosas de la vida, en el suave y perfumado calor de sus harenes.

La fantasía de la generalidad confunde a los turcos de hoy con aquellos musulmanes de intrépida pujanza que llegaron hasta la India. Lo único que los une es el lazo religioso. Akbar, el magno emperador, era mogol. Descendía de Tamerlán.

La misma fantasía y el descuido con que se miran estas cosas, confunde otra vez a los turcos materialistas y sórdidos de hoy con aquellos gentiles y caballerescos sarracenos que, atravesando y avasallando a España, fueron a luchar con Carlos Martel, en los campos de Poitiers; con aquellos árabes flexibles, arrogantes, inteligentes, sabios, poetas y héroes, que dieron lustre a las célebres universidades y cultivaron con primor las ciencias y las artes en los floridos pensiles de su dulce, de su inolvidable España. Y confunde a los sultanes de ahora, turanios de pura cepa, con los resplandecientes califas de Córdoba y Granada. Mez-

cla lastimosamente a Abdul-Hamid con Almanzor el Victoriôso y con Abderhamán el Magnífico; así como cree que son botones del mismo rosal los Jóvenes Turcos y Arún-Al-Raschid. Y lo único que los une es el lazo religioso,

«Las mil y una noches» constituyen un libro netamente árabe. Ese joyel deslumbrador nunca brilló en el tesoro prosaico de los turcos otomanos.

Los árabes, que fueron hasta hoy la sección más noble y pura del imperio moribundo, nunca han reconocido al señor de Constantinopla como califa. Ellos pertenecen a la tribu de los Koreischitas, en la que nació el Profeta, y a ellos corresponde exclusivamente ese alto título espiritual.

Por eso se disipó, como el humo, aquel plan absurdo con que el Kaiser pensó intimidar a Francia e Inglaterra. Aquel grito de guerra santa con que el déspota de los Dardanelos, por instigación del amo de Postdam, hizo oír roncamente en sus dominios, se perdió sin eco en las cálidas arenas

del desierto. Nadie acudió al llamamiento. El Kaiser, como en la India, como en Marruecos, fracasó.

Ahora sí. A la voz del gran Sherif Hussein, que se ha proclamado Rey de Hedjaz, se han agrupado velozmente bajo la bandera de la fe todos los creyentes, sacudiendo al fin el yugo de Turquía; y después de apoderarse de Medina y de la Mecca, las dos ciudades santas del mundo musulmán, se han juntado a las fuerzas anglo-egipcias que operan victoriosamente en Siria.

La Sublime Puerta, cuarteada lamentablemente, se derrumba ante la justa frialdad de las naciones. Los ingleses conquistaron a Jerusalem, y llenos de emoción, ellos que son tan flemáticos, se han arrodillado mil veces ante el Santo Sepulcro, la urna del amor cristiano, que en vano quiso Europa salvar en los pasados siglos, y que Saladino conservó en su poder, a despecho del coraje de Ricardo Corazón de León, de Godofredo y de San Luis.

Los árabes han puesto el pie en la Mecca, cuna sagrada de Mahoma, y se prosternan

cien veces en la Kaaba, ofreciendo sus plegarias al dios clemente y misericordioso de que les habla el «Corán».

La Sublime Puerta es ahora un cuerpo sin alma. En su corona de tinieblas no brilla más Jerusalem, no brilla más la Mecca, no brilla más Medina. Los efluvios espirituales que despiden esos florones de mística belleza, ya no irán, como un halo iridiscente, a adornar impíamente la orgía de horrores en que baila y se contorsiona, con las ansias de la muerte, la implacable decadencia turca.

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Ya se cumplen las profecías. Ya las calles que se adornaron con palmas hace dos mil años, en un día que jamás olvidará la humanidad; ya tu Huerto de los Olivos; ya tu Monte del Calvario; ya tu Santo Sepulcro; ya las rosas de tus jardines; ya la fragancia de tus perfumes; ya tu vida, ya tu alma, ya tu destino, todo está ya en poder de los cristianos. No serás más la esclava envilecida de las naciones poderosas que imperan en la tierra, como fuiste en las manos del turco crapu-

loso. ¡Serás de hoy en adelante ascua que ilumine sin desmayos los dolores del mundo, porque hay todavía océanos de lumbre en la cima divina de tu Monte!

(Envío del autor).

Homo homini lupus

REVOLVIENDO papeles viejos en nuestra oficina, dimos hace un rato con el discurso que el Excelentísimo señor don Pedro de Novo y Colsón pronunció el día de su recepción en la Real Academia Española; y al pasar por él distraídamente la mirada leímos, en su panegírico del mar y de los dramas oscuros de que el mar es testigo desde las edades desconocidas, en que va y viene y gime y brama en su cárcel colosal, que en cierta ocasión el pescador Andrés Martina, que luchaba con las olas, al ver que perecía un compañero le cedió la tabla que lo sostenía a flote, diciéndole mientras desaparecía en el abismo: «Sálvate tú que tienes hijos».

Sin querer pensamos en Hobbes, y a las mentes se nos vino su célebre sentencia, esa sentencia sombría que ha servido de pretexto a tantas gentes para ahogar los impulsos naturales del corazón, y estrujar y atormentar a sus semejantes y entregarse a los cínicos deliquios del egoísmo más feroz. Y sobre el filósofo inglés, materialista, impío y antisocial, amontonamos reflexión sobre reflexión, hasta concluir que envenenó a la humanidad al dejarle esa herencia de desamor y sacrilegio, envuelta en las galas dañinas de su talento esclarecido.

Por lo general, nos alucina el relumbrón de ciertos pensamientos, y no nos tomamos el trabajo de analizarlos con despacio para cerciorarnos de su verdad; y armados con ellos damos rienda suelta a los ímpetus salvajes, y desoímos el clamor de la conciencia, descansando muy frescamente en que los dijo tal o cual hombre ilustre, aunque la rectitud de nuestro intelecto nos grite que aquello es un error o una baladronada.

Aquel Andrés Martina desmiente al filó-

sofo desde el fondo del océano, y todas las olas, enhiestas y encrespadas, le hacen coro al humilde pescador; y le hacen coro no sólo porque presenciaron atónitas el hecho de Martina, y sintieron de polo a polo la vibración espiritual que emanaba de aquel hombre, sino porque ellas saben millares de historias parecidas que iluminan con luz celeste la negra obscuridad de sus entrañas.

Refiere M. Charles Richet, que una banda de soldados turcos había degollado buen número de armenios, cuando intervino el cónsul francés M. Meynier y obtuvo que se condujera a los trescientos que quedaban a un puerto europeo; pero el cónsul no podía acompañarlos, y dejarlos solos equivalía a permitir que fueran exterminados. En ese extremo, la esposa del francés se ofreció para conducirlos a su destino, lo que hizo acompañada de sus dos hijos pequeños. Durante quince días caminó entre peligros y sobresaltos, sirviendo de escudo a aquellos infelices, hasta que llegó a una comarca en que el bajá quiso interrumpir el paso de la caravana. «La señora Meynier hizo que

sus hijos cruzasen el río, dijo que en la otra orilla quizás morirían, pero que ella no pasaría hasta que el convoy de armenios no hubiese pasado. El bajá, intimidado, tuvo que ceder». Dirían aquellos armenios, arrancados a la muerte por la heroicidad de una mujer, que el hombre es un lobo para el hombre?

No crea el lector que vamos a acopiar ejemplos contra Hobbes. Serían necesarios muchos miles de páginas para contar los actos conocidos de sacrificios del hombre por el hombre, actos de amor terreno que son un rayo débil, pero rayo al fin, de la hoguera inextinguible y sempiterna que el corazón presiente, pero que escapa al cálculo del entendimiento humano. Cómo pudo aquel pensador mancillarse, profiriendo esas tres palabras fatídicas? En qué oleajes de desesperación naufragaba su espíritu cuando formuló esa blasfemia? Y pensar que hay muchos seres en la vida que no tienen otro norte que la máxima de Hobbes; que han hecho de ella su evangelio, y apartan recelosos cuanto vislumbre llega a su alma de

otros evangelios que guían y alientan y salvan a los hombres!

Hobbes no vió más que el lado siniestro de la vida, en el que, por decirlo así, hierve la fermentación de las tinieblas. No refrescó su alma en los oasis magníficos que atemperan y suavizan la estéril monotonía del desierto. Volvió las espaldas al astro de la luz, y al hurgar en el corazón humano, sólo fijó su atención en los agujeros en que anidan los reptiles, sin embriagarse con el deleite de la brisa que llena de fragancia sus jardines.

El hombre va tras el ideal. Busca siempre más allá algo que entrevé vagamente en la urdimbre de sus sueños, algo que ha saboreado y disfrutado antes; y es que en lo más profundo de su ser perdura el recuerdo de una patria perdida, de un edén que va a reconquistar en lucha porfiada con los poderes del mal, que se han aposentado también en su alma, engendrando así la dualidad extraña, dolorosa y sublime, que lo distingue de los otros seres.

El corazón humano es el místico campo

de Kurukchetra de los indos, en el que se libran las batallas entre los dos principios que se disputan la victoria. Si vence el uno, surge el santo y alborea límpidamente el reino de los cielos; si triunfa el otro, sólo refulge en la selva oscura la sentencia que leyó el Dante.

Vamos por el mundo, aunque no nos demos cuenta de ello, tras la conquista de una cumbre. Hemos visto un cuadro de Rochegrosse que pinta esta epopeya admirablemente. La cúspide resplandece y cada vez se esfuma más; la humanidad entera va ascendiendo lentamente. Muchos caen despeñados en los precipicios de la orilla; muchos lloran impotentes, sentados en las piedras del sendero; los pies de todos sangran; muchos gritan; muchos callan, algunos llegan... Esa es la evolución, no sólo la de la materia, que avizoró Darwin en el campo de su intuición maravillosa, sino la del espíritu, que se dirige hacia la fuente eterna del Bien, y que ya observarán y sorprenderán en todo su misterio los sabios del porvenir, menos rudos y descaminados que los de hogaño,

menos hostiles a las leyes y a las fuerzas de la naturaleza, que no por hurtarse aún al ojo de la ciencia, son menos reales y verdaderas.

(Envío del autor).

The first part of the paper is devoted to a general
discussion of the problem. It is shown that the
problem is equivalent to the problem of finding
the minimum of a certain functional. This is
done by means of the method of Lagrange
multipliers. The second part of the paper is
devoted to the construction of the minimum
of the functional. It is shown that the
minimum is attained at a certain point. This
point is found by means of the method of
steepest descent. The third part of the paper
is devoted to the construction of the minimum
of the functional. It is shown that the
minimum is attained at a certain point. This
point is found by means of the method of
steepest descent.



De Raúl Acosta G.

El Tigre de Tiscapa

Los Traquitos

The Mill Creek

of the
the

El Tigre de Tiscapa

(Cuentecillos Centroamericanos)

A JUAN DE DIOS MATUS

LA escena pasa en Nicaragua, en aquellos aciagos, tenebrosos y sombríos tiempos en que el inolvidable General José Santos Zelaya era dueño de mujeres, hombres y haciendas, e imperaba el mal como único señor, que ufano se pavoneaba por toda la tierra nica.

El escritor leonés José Madriz, bizarro paladín que enarboló la bandera de todas sus justas iras contra aquella impúdica tira-

nía, llamó, desde sus famosos folletos titulados «Por Nicaragua», *Tigre de Tiscapa* al Presidente Zelaya. Amedrentaba en aquellos tiempos a todos los moradores de las cálidas campiñas nicaragüenses, un feroz felino que llevaba el terror por todas partes... de ahí que el fogoso escritor bautizara al entonces Presidente, con aquel sugestivo y pomposo nombre...

Pasaron los tiempos que todo lo borran, lo cambian y lo transforman. Acababa de morir en El Salvador, el General Regalado, aquel insigne desequilibrado que rindió su vida torpemente en los campos incendiados de El Júcaro. José Madriz, vivía proscrito en tierra cuzcatleca y tenía algún aecendiente con el General Regalado; desaparecido éste, se disiparon sus esperanzas de derrocar a Zelaya y, nostálgico y dolorido, volvió sus apagados ojos a Nicaragua, en momentos aflictivos para ella: venía la guerra con Honduras que terminó en Namasi-güe, y aquel eminente patriota, que ya veía perderse en la brumosa lontananza todas sus ilusiones, aprovechó, sin recatos de

ninguna clase, la coyuntura que le ofrecía el disloque del General Manuel Bonilla, y ofreció a Zelaya su vida entera, si era preciso, en aquel angustioso momento.

Llegó a Nicaragua y su visita primera fué para el General Zelaya, allá en su dantesca y augusta residencia del Campo de Marte. Aquel terrible fustigador, que con sin igual donaire hizo brillar los rayos de su santa indignación sobre el ensangrentado rostro de aquel maldecido tirano, venía, despojado de escrúpulos y de rubores, a rendir todas sus audacias y todas sus rebeldías a las plantas del terrible *Tigre de Tiscapa*.

Doña Blanca, que ya guardaba en su corazón mucho encono para José Madriz, por los terribles epítetos con que a diario regalaba a su esposo, olió que por aquellas estancias estaba el escritor leonés, y al momento su imaginación ideó una venganza, que por su sutileza semeja más bien una estocada florentina.

Se presentó de improviso en el despacho donde departían, casi fraternalmente, aque-

llos dos hombres, tan íntimamente unidos a su historia, y haciendo un gracioso mohín, exclamó, dirigiéndose a Madriz: «Celebro mucho ver a usted en la guarida del *Tigre de Tiscapa*» y por una puerta exterior salió de la habitación, ebria de placer, radiante de felicidad...!

(De *El Correo del Poás*).

Los Traquitos

(Cuentecillos Centroamericanos)

A RAÚL TOLEDO LÓPEZ,
en Tegucigalpa.

EL General y Doctor don Miguel R. Dávila, Presidente que fué de la República de Honduras, es una bellísima persona y su fama de hombre bonachón se ha hecho notoria en Centro América, que es bastante decir. Se cuentan de él muchas anécdotas como Gobernante, que lo han hecho diferenciarse, muy notablemente, del resto de sus colegas, ya por sus rasgos geniales o ya por sus encantadoras sencilleces.

Pedro Murcia, se llamaba un ciudadano hondureño que servía en el Gobierno de don Miguel R. un puesto importante en una de las Aduanas del Atlántico, creo que en las del Puerto Cortés. No gozaba de muy buena fama, que digamos, el Administrador de las Rentas Nacionales. No sólo defraudaba el Tesoro con turbias combinaciones, sino que también se embriagaba con mucha frecuencia, lo cual producía serios trastornos al comercio de aquel lugar, el cual, en vista de los incorrectos manejos de Murcia, hizo sus debidas gestiones con el Presidente Dávila para que fuera depuesto de su empleo.

Fué tal la grito popular y menudeó de tal modo sus borracheras el incauto Administrador de Aduana, que el generoso Presidente, muy a su pesar, se vió en la urgente necesidad de destituirlo, destitución que le fué notificada en un mensaje telegráfico, con todo el laconismo de estilo.

Indignado Murcia por el proceder violento del Presidente Dávila, que él calificaba de arbitrario, emprendió la fastidiosa tarea

de dirigirle a cada rato telegramas en los cuales protestaba su inocencia, apelaba a la justicia y alegaba su adhesión incondicional al Gobierno, como soldado de la revolución y que pertenecía a la valerosa e indomable falange de bravos que en Namasigüe había hecho retroceder, horripiladas de espanto, a las huestes vandálicas que acaudillaba el General Manuel Bonilla; por último, instaba a Su Excelencia, el señor Presidente de la República, para que en el término de la distancia y con toda categoría, le expusiera los motivos que había aducido el Gobierno para dejarle cesante.

Fueron tantas las instancias que hizo Murcia al Gobierno y tan vehementes las lamentaciones, que al fin se resolvió el General Dávila a satisfacer sus justos deseos y un día de tantos, muy de mañanita por cierto, le espetó el siguiente telegrama:

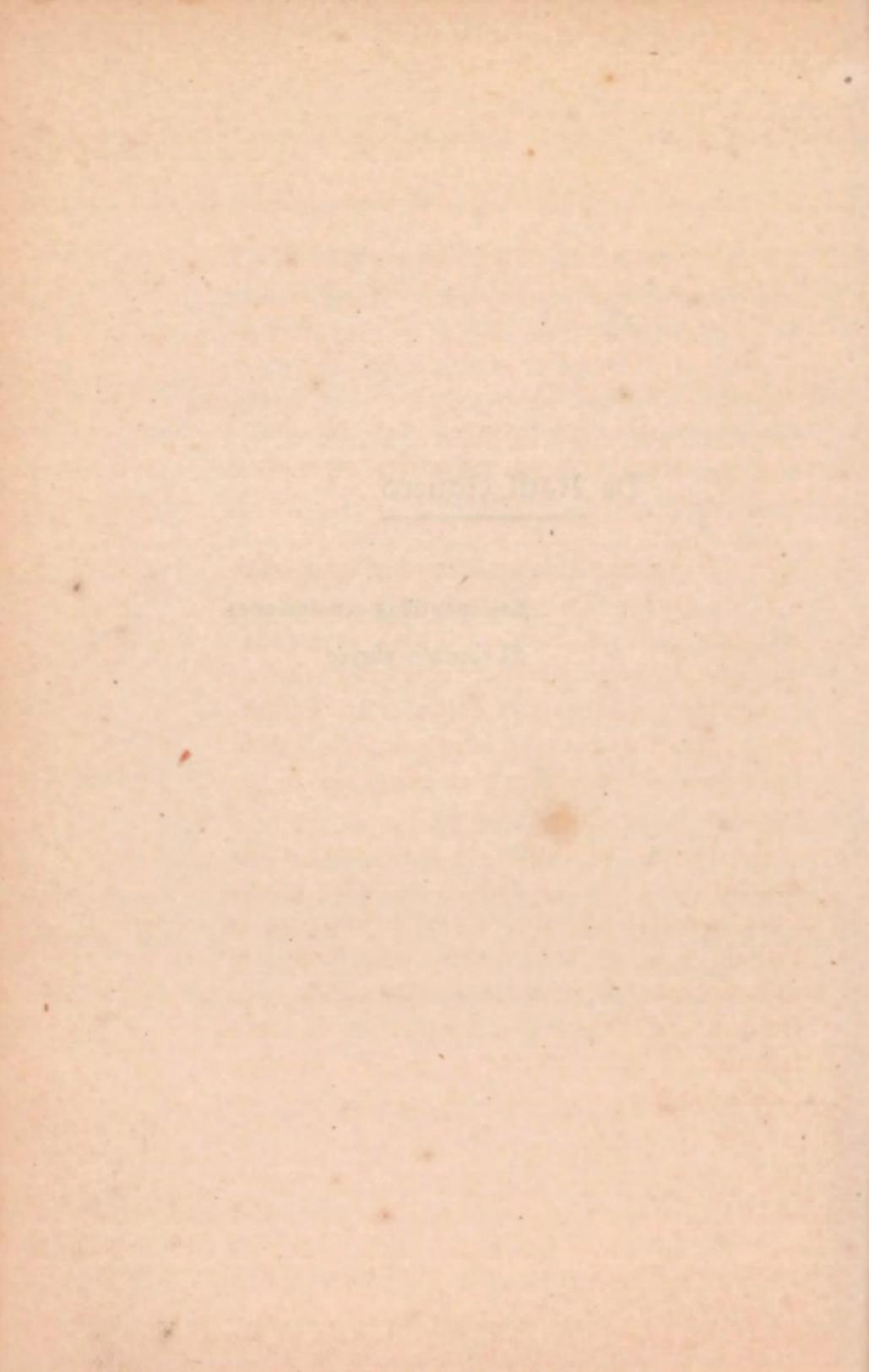
«Pedro Murcia. — Puerto Cortés. — Los traguitos, los traguitos. — Afmo. Miguel R. Dávila».

(De *El Correo del Poás*).

De Raúl Agüero

Las mentidas revoluciones

El corazón obrero



Las mentidas revoluciones

FICTICIAS resultan en la práctica, y ante los hechos, las prédicas de los que, por falta de una educación política esmerada, van por nuestros suelos predicando la revolución de las ideas y la caída de los gobiernos, para ellos malos, como campaña salvadora para el bienestar y el progreso de los pueblos.

En la paz se funda la grandeza de las sociedades y los pueblos; y aquellos países que, como el nuestro, viven entregados al trabajo y a la labor diaria, que hace del hombre un sér digno de sus derechos, van camino del engrandecimiento, verdadero triunfo, el más grande a que el hombre puede aspirar.

Si el medio en que se mueven las actividades, para el logro de la unificación de las energías en bien de la Patria, es propicio, y permite a los que gobiernan mirar, amplia y serenamente, el horizonte a donde deben reflejarse eternamente los ideales francos y las luchas por el progreso, se tendrá, como base, un porvenir seguro, o a lo menos un rumbo que hace esperar nuevos, venturosos días, para esa misma Patria por la que tanto se piensa y tanto se clama.

No es la lucha de odios, ni la pasión de los partidos, ni la envidia al mando lo que resuelve el vigor de las naciones.

Para los pueblos cultos esa lucha debe traducirse en el trabajo independiente del individuo, en la serenidad de la política, en el cumplimiento del deber de cada cual, como hombre y como ciudadano. Y si la prédica de la caída de las tiranías y la muerte de los tiranos fuera la prédica salvadora, no se vería a tantos pueblos debilitados, empapando sus feraces campos en sangre de sus mismos hermanos, extrangulando leyes y envileciendo el nombre de los antepasados

so pretexto de una lucha contra una tiranía que forjara la ambición de mando y la soberbia de los desamparados.

No existe en el hombre una sola manifestación que no tenga por móvil la satisfacción de una necesidad. Y los que en el concierto de las naciones representan hoy el papel de libertadores, los más de ellos van tras la gloria, usurpada por los que han llegado antes a dominar por el talento y la ambición.

La política tiene el aspecto de un bosque encantado donde tanto los niños como los viejos son víctimas de los ratos de sinceridad ingenua que proporciona el canto suave de las aves, el murmullo de las fuentes y la caída del torrente. Tal así parece que la pasión cegara el criterio de los hombres.

Caídos por su culpa, o por culpa del destino, claman contra los privilegiados y todos éstos son, para ellos, siniestros tiranos que manchan el nombre de la Patria y escarnecen leyes y sangran los tesoros.

Y cuando la sinceridad se levanta, pidiendo pruebas y abogando por la paz, como única

salvadora de las instituciones, entonces se obtienen como respuesta las filípicas interminables en el sagrado nombre de la Patria.

Costa Rica ha llegado al estado de adelanto y tranquilidad de que goza, gracias a que sus hijos saben fiscalizar a sus gobiernos con la prudencia como norma; a ejercer sus derechos en un campo de acción que ella misma ha sabido conquistar, ya que el trabajo constituye su más grande ambición.

De aquí su paz y su progreso.

Cuando los demás pueblos del resto de la América del Centro hagan lo mismo, tendremos una América Central vigorosa y grande.

(Editorial de *La Opinión*).

El corazón obrero

LA clase obrera no necesita de apóstoles, sino de amigos que, en los momentos difíciles, alcen la bandera de la confraternidad y clamen por los fueros de los que en la lucha por la vida libran un combate de gigantes.

La Patria necesita de hombres prácticos, no de predicadores que tras un ideal infructuoso siguen una marcha de nómadas sin tienda, que no van a ninguna parte ni siembran una semilla que pueda dar fruto beneficioso.

Tras una interminable relación de méritos, desdenes y olímpicas bravuras, los apóstoles de la dignidad y de la clase obrera, no han

dejado ver más que un deseo de conquistar notoriedad, explotando los sentimientos de las masas populares que, sanas y vigorosas de espíritu, no creen bueno, muchas veces, ampararse bajo la doctrina de un falso apóstol. Los obreros en toda oportunidad se han unido para defender sus intereses y para socorrer a sus necesitados. Así, sin directores ni apóstoles, han llevado al lecho del compañero enfermo el consuelo de la amistad y la ayuda del dinero; sin directores ni apóstoles, se les ha visto congregarse para formar sociedades y centros de recreo donde, al mismo tiempo que se cimenta la unión, se obtienen triunfos de legítimo orgullo en lo que se refiere a lo moral e intelectual. Así, solos, han llegado hoy a formar un cuerpo que, por su respetabilidad y su armonía de sentimientos, es digno de todo elogio y de todo género de felicitaciones.

Los apóstoles de antaño huyeron, y de sus prédicas, de exaltaciones patrióticas, apenas se oye un eco que les fastidia y les molesta porque una suerte mejor les hizo

quedar muy largo de sus *amables hermanos*, de sus *compañeros de lucha*.

Y los de hoy, los que, en su anhelo de notoriedad, flagelan a cuanto viviente les llama farsantes, no han protestado de que el hijo de un obrero, el estudiante Muñoz, cayera desde el cielo de sus más gratas esperanzas, hasta el abismo en donde todo es negativo a los esfuerzos del corazón. Esas almas blancas, rectas, impecables, no han sabido conmoverse cuando la desgracia ha flagelado a los obreros y campesinos, para llevarles el óbolo de sus sentimientos. Saben desatar sus soberbias sobre todos aquellos que por voluntad del destino nacieron en la holgura, pero no saben aunar sus esfuerzos para dar conciertos, editar libros, a fin de reunir fondos y formar bibliotecas para los obreros.

La Patria necesita de hombres prácticos y no de soñadores que agoten sus energías en estériles conquistas. Así nada se encamina que pueda fructificar en bienes para la Humanidad, ni las sociedades, ni los obreros.

Los sermones que se predicán no tienen el menor reflejo de algo sincero, dado el medio en que los costarricenses vivimos; en donde el obrero no es maltratado ni especulado por sus patrones, en donde el obrero ha alcanzado, gracias a sus únicos y propios esfuerzos, un grado de cultura envidiable.

Los que con tendencias que sólo a las naturalezas enfermas atañen, alzan bandera, en los casos en donde es fácil con palabrerías triunfar ante los que no analizan esas situaciones, no pueden ser amigos de nadie.

Los que con mentido fervor claman por la ventura de la clase obrera, que bajen al campo de los hechos, que practiquen sus doctrinas. Por lo demás, nuestra clase obrera no necesita de cabecillas. Ella sola va siguiendo el camino de la grandeza y está segura de triunfar.

(Editorial de *La Opinión*).

De Anastasio Alfaro

El farolero

Romance histórico

El Abuelo

De Ludibris (Lixio)

12

13

14

El farolero

HACE muchos años, cuando había en Alajuela sólo faroles con lámparas de canfín en las esquinas de las calles, conocimos un viejecito llamado Toribio Jara, alto, delgado, moreno, vestido de camisa blanca, pantalón azul, ceñido con banda roja, descalzo y con sombrero de paja. Llevaba siempre una escalera pequeña, un galón de aceite, un embudo y un trapo de limpiar los tubos de las lámparas y los vidrios de los faroles.

En otro tiempo debió desempeñar las funciones de sereno, porque aun continuaba atendiendo el servicio del alumbrado público: encendía los faroles al oscurecer y los apagaba al salir el sol.

Tenía el espíritu de justicia connaturalizado con su persona, seguramente por herencia y por hábito, de tal modo, que siempre separaba a los muchachos que reñían a la salida de la escuela, y en una pelotera estudiantil bastaba con decir «allí viene ñor Toribio» para que cada cual tomara el camino de su casa por la vía más corta. Sin embargo, todos los chiquillos de la vecindad lo querían y respetaban porque hacía trompos, boleros de carrucha, yugos y carretas para bueyes de holote, que les obsequiaba, amén de algunas frutas de su casita propia.

Una mañana, a la hora del almuerzo, le contábamos a mi padre lo que hacía ñor Toribio, extrañados de que sin pertenecer al personal de la escuela, ejerciese las funciones de celador callejero.

—Así ha sido siempre, replicó mi padre; en mi tiempo hacía lo mismo que hoy: una vez, en una de esas peloteras, castigó al mayor de nuestros compañeros, vecino del Llano, porque le estaba pegando a otro más pequeño y porque después de separarlos

trató de emprender la riña a pedradas con el mismo ñor Toribio.

—«Anda, viejo seco, vos vas para abajo y yo voy para arriba; algún día me la pagarás!» —dijo el llanero y se alejó llorando. Su padre lo supo y le dió las gracias a ñor Toribio, como era la costumbre en aquellos buenos tiempos; pero el muchacho jamás se la perdonó.

Pasaron algunos años y cuando el llanero fué ya hombre, durante las fiestas de la Concepción buscó a ñor Toribio en la plaza de la Agonía, para desquitarse del antiguo vapuleo.

Mi padre calló un momento.

—¿Y que resultó? preguntamos todos con interés.

—Que el viejecito, contestó mi padre, así como ustedes lo conocen, cogió un cabo del bejuco con que habían amarrado las barreras y lo volvió a castigar por vengativo.

(De su libro *Petaquilla*).

Romance histórico

De mil setecientos treinta,
Jueves Santo, en la mañana,
sale la gente de misa
con dirección a sus casas:
un panameño arrogante,
viendo las niñas que pasan,
en el atrio de la Iglesia
con amigos hace charla.

Deja a todos en suspenso
la presencia de una guapa
joven rubia, encantadora,
linda como la alborada,
vestida de azul celeste,
con guarniciones de plata;
las zapatillas de raso,
de brocado es la casaca;
luce corales y perlas,

y sortijas de esmeralda;
sus modales distinguidos
pregonan la buena casta:
es la hermosa Catalina,
hija del Alcalde Ibarra.

Cortando al punto el silencio
el forastero, así exclama:
ésta no es mujer, señores,
¡es el lucero del alba!

* * *

Don José Antonio Oriamuno,
caballero de esta hazaña,
a Panamá se regresa,
dejando el amor en llamas:
los dardos tiene prendidos
en menos de una semana,
con tal fuerza en Catalina,
que nadie los arrancara.

Vive en la noble Cartago
un español de Navarra,
llamado Juan José Cuende,
tratante en trapos y lanas,
quien con atentas visitas
al viejo Alcalde agasaja:
por las noches, en su tienda
se entretienen con las cartas,

y no pasa mucho tiempo
cuando su amor le declara,
pretendiendo por el tronco
llegar después a la rama.

Consulta el padre con su hija
las pretensiones de alianza
manifestadas por Cuende,
ignorando lo que pasa;
la obediencia en ese tiempo,
en el hogar era usada:
¿Cómo decirle a su padre
que al señor de Cuende no ama?
¿Qué le dirá cuando sepa
que otras promesas la embargan?

Plazo pide la doncella,
y la respuesta se aplaza;
tiene ella su amor oculto,
y a otro su padre le manda
que dé la mano de esposa
dentro de pocas semanas.
¡Qué situación tan difícil;
qué triste suerte le aguarda,
si José Antonio no vuelve,
o retira su palabra!

Pronto la tregua termina
y la crisis se prepara:
tramitan las diligencias,

tan sólo la boda falta.

De hinojos frente a una imagen,
con llanto que parte el alma,
que la proteja le pide
la novia desesperada:

«¡Oh! dulce niño de Atocha,
¡Oh! Jesús, que angustias calmas,
¿No ves que mi prometido
en su viaje mucho tarda?
Hazle que regrese pronto,
¡Ojalá fuera mañana!»

* *

Antes de ponerse el sol
al día siguiente, en la plaza,
el anhelado viajero
de su mula presto baja;
luego se entera de todo,
consulta con Valderrama:
el Gobernador le ofrece
su ayuda cortés y franca.

En Cartago la noticia,
por corrillos comentada,
vuela, y saben que en la Curia
información se levanta,
y que a la noche siguiente

debe terminar el drama;
corre el quince de setiembre,
fecha después venerada.

*
* *

El Gobernador, el Cura
y ocho soldados con armas,
se van a donde el Alcalde,
que gente alista en su casa
y le ordenan que a la novia
presente luego en la sala:
con altivez Catalina,
acudiendo a la demanda,
sostiene que José Antonio
de su amor la llave guarda.

Cuende con ceño terrible
de aquella gente se aparta,
mientras el Cura bendice
la unión de Oriamuno y Cata,
que así marido y mujer,
nadie en el mundo separa.

Asoma la media noche,
el triunfo los gallos cantan,
de haber el amor vencido
las conveniencias humanas.

* * *

Confundido y contrariado
se encuentra el anciano Ibarra,
a Cuende toda la noche
la misma cosa le pasa;
¿Cómo deshacer el nudo?
¿Cómo revivir la calma?
Yo debo, murmura Cuende,
volver sin demora a España...

Yo debo, dice el Alcalde,
retirarme a Talamanca;
y las horas se deslizan
sin acercarse a sus camas.

En la torre del Convento
suena luego la campana:
a misa llegan los fieles
envueltos en sendas capas;
Cuende va por una puerta,
por la otra puerta entra Ibarra,
que la justicia en el templo
ambos esperan hallarla;
después a la Sacristía
el señor Cura los llama,
y al triste Cuende propone
que se case con la hermana
de Catalina, que es buena,

más humilde y recatada.

«Le mejoraré la dote
con seiscientos pesos plata»
quiere agregar el Alcalde,
que el desenlace esperaba;
pero Cuende la propuesta
acepta en pocas palabras,
que ponen de manifiesto
honradez y buena pasta:
de este modo las dos bodas
se celebran sin tardanza,
y español y panameño
como hermanos ya, se abrazan.

De José Antonio Oriamuno
queda descendencia larga,
gente de lo más notable
en las letras y en las armas;
de Cuende, hasta el apellido
se pierde... no queda nada.

(De su libro *Petaquilla*).

El Abuelo

EL año de 1801 nació en el barrio de Santiago de la villa de Alajuela, el último de los hijos de José Miguel González, al que se le puso por nombre Cipriano, por ser ése el Santo que ocupaba el calendario el día de su nacimiento. La vida infantil durante el período colonial se deslizaba, entre las gentes de los pueblos, tranquila y apacible, sin el incentivo de juguetes costosos, trajes de seda, ni fatigas escolares; las ocupaciones domésticas de la madre, primero, y luego las faenas del campo, del padre, inspiraban en los niños los juegos de sus primeros años; se levantaban al clarear el día y veían encender el

fogón, darle de comer a los animales domésticos, ordeñar las vacas, enyugar los bueyes y preparar el desayuno; durante las tardes lluviosas se desgranaba el maíz, se desmotaba y tejía el algodón, se preparaba el achiote o encendían el horno para asar bizcocho; así los niños, entretenidos con sus padres en los quehaceres de la casa y del campo, ocupaban sus ratos libres en hacer rosquillas de barro, formar corrales pequeños de piedra, forjar yugos para bueyes de olote y fingir carreras con caballos de madera; las funciones de la enseñanza doméstica estaban reducidas a las tres erres cuando más. Los adolescentes se casaban jóvenes y seguían las huellas de sus padres, preocupados por cultivar la tierra y ensanchar los comodidades del hogar; pero hay una ley biológica que obliga a las aspiraciones humanas a acercarse a los centros de población, en busca de un ambiente de cultura superior al que nos rodea, y cuando conocimos al joven Cipriano González ya era vecino de Alajuela, estaba canoso y había contado entre sus hijos un sacerdote,

que era la mayor aspiración a que podía llegar la familia en aquel tiempo.

Su casa ocupaba la esquina, en un cuarto de manzana, hecha de adobes y horcones, con un corredor al frente, salas espaciosas, cubiertas con tejas de barro, piso de tierra, sin vidrieras ni cortinas, donde entraban con libertad el aire y la salud por todas partes. En el solar había un corral para ordeñar las vacas en la mañana, y para encerrar los terneros por la tarde. A medio kilómetro de distancia de la casa tenía el abuelo un pequeño terreno de cultivo, con pasto para el ganado, café, caña de azúcar y árboles frutales; y más lejos, en Turrúcares, un potrero espacioso a donde llevaban los caballos y el ganado de cría. En la casa, tenía el cultivo de flores, algo de hortaliza, un árbol de zapote, un naranjo dulce y otro de naranjas agrias, un mango, otro de ananas, un árbol de cacao, otro de manzana rosa, otro de limón, un jocote, un aguacatero, un árbol de caz, plantas de orégano, ruda, sacatinta, malva, yerbabuena; testimonios irrecusables por sus frutos, de la

feracidad del suelo, tenido por muchos como productor de hormigas solamente.

La familia de la casa estaba reducida al abuelo, su mujer, nacida igualmente a principios del siglo XIX y una hija soltera, mayor entonces de cuarenta años; los otros hijos estaban casados y vivían con sus familias, unos en Río Segundo y otros en Alajuela: el sacerdote había muerto hacía algún tiempo, y de él no quedaba otra cosa que su cuarto de estudio, un atril, un diccionario latino, un «Año Cristiano» y la tumba que en el cementerio guarda sus despojos. Pero aquella casa parecía un enjambre de abejas: el servicio de la cocina lo hacían dos ahijadas huérfanas; dos muchachos, criados igualmente en la casa, atendían las vacas, terneros y caballos; los nietos no salían de aquella casa, sino para ir a dormir con sus padres, porque el abuelo estaba dispuesto siempre, desde temprano, a complacer sus deseos: el vaso de leche caliente, las frutas mejores, las meriendas, los bizcochos, todo era para los nietos. Durante los festivales el abuelo iba a misa en la ma-

drugada, envuelto en su capa de paño negro, cuidando siempre la tropa de nietos, que tenían por fuerza que ver la procesión del Resucitado y quemar a Judas en el centro de la plaza pública. Para la procesión del Santo Entierro el abuelo adornaba su calle con uruca y cañas de azúcar, que los nietos le ayudaban a fijar y luego se comían. Cuando se iba a la fierra en Turrúcares, llevaba en su caballo un nietecito por delante y otro en ancas, obligando a los mozos de servicio que hiciesen otro tanto; los domingos todos recibían sendas manos de cacao para comprar en el mercado dulces y frutas; en su cofre particular guardaba la alcancía de cada cual, para comprarles con sus propios ahorros una vaquilla o un potro, que podían criarse holgadamente en el potrero de Turrúcares. Podía considerarse al abuelo como al árbol frondoso del carifio, con sus brazos siempre abiertos para proteger los tallos nuevos.

En los días feriados los familiares de los campos sabían que en aquella casa podían dejar sus caballos, preparar el almuerzo y

hacer sus consultas con el abuelo quien, sentado en la hamaca de la sala, atendía los dibujos que en el suelo hacían, sobre división de heredades y servidumbres, porque además del parentesco de sangre, se le tenía de padrino en los bautizos, confirmas y matrimonios; era albacea de mortuales y curador de menores, que si bien no le producían dinero, habían creado en su favor un tesoro de afectos. En el corredor de su casa se practicaban remates extrajudiciales y se discutían asuntos de administración local, sin participar en los servicios públicos, ni militares ni civiles, porque sus códigos eran los del afecto conciliador, sin la rigidez del militarismo, ni el convencionalismo civil. Había conocido el sistema colonial, presenciado la organización de la República y visto pasar por la primera magistratura a muchos hombres honrados, que subieron al poder con el clamoreo del pueblo y descendieron abrumados por el murmullo de la desaprobación. Si hubiese sido siquiera alcalde, alguna vez, no habría podido conservar hasta la muerte su caudal de simpatías.

Educado el abuelo en la escuela del amor y del trabajo, trataba de inculcar en sus nietos tales sentimientos, y para eso los llevaba consigo a las labores del campo, donde la tierra muestra el tesoro de sus secretos, contemplando la germinación de las semillas, el desarrollo de los tallos, la florescencia y producción de los frutos, luego sus aplicaciones en el hogar y finalmente el deleite de su degustación; el trabajo como entretenimiento sano y provechoso, no como castigo. Enseñaba a sembrar el maíz para gozar de la merienda, a cultivar los árboles frutales para saborear los mangos, las naranjas y los zapotes; a cuidar los animales para montar a caballo, tomar leche, comer queso, huevos y los diversos manjares que con esas materias se preparan, como retribución de la fatiga personal.

Los adelantos alcanzados al finalizar el siglo XIX modificaron notablemente aquella vida patriarcal: los nietos asistían a las escuelas públicas y privadas; a la moneda de cacao y la macuquina de plata sustituyeron los escudos, las cuartas y las onzas de oro;

los billetes de banco entraron luego en circulación, y la palabra y el pelo de la barba, que antes respaldaran todo compromiso, quedaron rezagados, para dejar campo abierto a los documentos privados y las escrituras hipotecarias; las carreteras sufrieron detrimento, cuando el ferrocarril se encargó del transporte de pasajeros y de carga; los impuestos urbanos reemplazaron a los servicios personales en el aseo de las poblaciones, y las consultas judiciales fueron a hacerlas a los bufetes de abogados y a la casa de los tinterillos.

La casa misma había debido transformarse, de piso de tierra en piso de ladrillo, y luego de madera; los cerrojos fueron sustituidos por candados y picaportes, y más tarde por cerraduras y llavines; las ventanas de rejas se vieron desalojadas por las vidrieras. Sólo quedaba la armazón antigua; pero hecha de tal modo, que así como la vieja casa de Río Segundo, esas habitaciones seculares han resistido los terremotos hasta hoy, cuando muchas de las construcciones modernas no dejan otra cosa que el recuerdo, algunas de ellas sin haberse estrenado si-

quiera! Antes de morir el abuelo se vió obligado a vender su casa, llena de las comodidades de otros tiempos, para comprar otra pequeña en la calle del cementerio, que le recordara las estrecheces de la tumba y el alejamiento de todos sus afectos.

A los ochenta años de edad dejó las penalidades de la vida, para entrar en el descanso eterno, dejando para sus descendientes los atractivos de la luz, motores y cocinas eléctricas, el teléfono, el cinematógrafo, los automóviles y embarcaciones de gasolina; pero sin llevar en el alma el pesar de la desastrosa guerra europea, la crisis económica, la quiebra de casas bancarias, y peor que todo, el aniquilamiento de los afectos sociales, que en otro tiempo hicieran de su pueblo una familia unida por los lazos encantadores del cariño!

Aquella vida patriarcal, saturada de honradez y confianza en el dicho de los hombres, rodeada del respeto para los ancianos y de esperanza para la juventud, ha venido cediendo paulatinamente el campo al mercantilismo social, sin ambiciones por adqui-

rir lo mejor, ni conservar lo existente, desdiciendo los recuerdos del pasado para aligerar el tiempo, de manera que los días, los meses y los años sigan el curso de los aparatos voladores, que no dejan rastro alguno en el espacio.

El período de la actividad de los hombres se cotiza en veinte años solamente, de ahí ese afán de vivir a la carrera, como las aguas de los ríos torrentosos, que no tienen tiempo de sedimentarse y fertilizar los campos, trocando el deslizar tranquilo de una góndola y las encantadoras puestas de sol, por el vértigo del junco en los raudales del Japón y las noches interminables de las regiones polares.

Pensaba, sin embargo, el abuelo que esta manera de conducirse los hombres y los pueblos era sencillamente una afección morbosa, de que se padecía periódicamente y que luego la gente recobraba su natural equilibrio, que la fiebre de los ciudadanos del año 23 había pasado como pasó el terror de los temblores de San Estanislao, el afán de la unidad centroamericana por las armas y la peste del cólera. Que las crisis sociales

depuraban a los pueblos de gérmenes nocivos, así como ciertas fiebres corporales consumen en los organismos vivos los elementos dañinos que han venido reuniéndose durante largos días, y que a las noches de invierno, cargadas de emanaciones deletéreas, sucedía siempre el amanecer despejado, purificador de los aires malsanos, porque rigiendo las diversas etapas de la vida estaba el Sol, reductor de toda dolencia, y que las afecciones de carácter moral tenían de igual manera su fuerza regeneradora, que va siempre hacia adelante, con la mirada fija en las claridades del cielo, sin cuidarse del lodo transitorio del camino. Son nubes de paso, nevadas que el calor deshace, desbordamientos que siempre llegan a su fin y que, tanto la nube como la nieve y la inundación, devuelven a la madre tierra el agua fecundante, a cuyo influjo reverdecen los campos, las plantas se cuajan de flores y sazonan los frutos. ¡Consuelo admirable, que amortigua todas las asperezas de la vida!

(De su libro *Petaquilla*).

De Rigoberto Alvarez Berrocal

El Cisne Blanco

El Tumbo del Mar

The Algebra of Numbers

By
A. B. STEIN

El Cisne Blanco

A MOISÉS VINCENZI.

Finge una estrella de intangible rastro
trémulo el cisne en la quietud del lago...
Enarca el cuello de indecible y vago
perfil de tenue y tembloroso astro...

Su inconsútil figura de alabastro
se desliza en la forma de un halago
que va cubriendo la extensión del lago
sin dejar en el agua un solo rastro...

Ofelia, que le mira ardiente y loca,
desparrama las flores y en la boca
su recuerdo de Hamlet balbucea...

Y, celosa, persigue al cisne blanco
porque vió discurrir cerca a su flanco
la silueta de Venus Citerea.

(De su libro *Las Fuentes Iluminadas*).

El Tumbo del Mar

Al gran poeta, Dr. SANTIAGO ARGÜELLO.

Adviértese en el mar un súbito temblor... tal se
[dijera
de un potro de las pampas que, en veloz carrera
a través de los largos y remotos confines,
desatara oleajes enormes en las crines...

Franca extensión marina salpicada de espumas,
que son collar de perlas sobre cuello de brumas,
de la bestia salvaje diríase el flanco
cuando brota sudores de espumarajo blanco...

Ensombrece la onda una faja extendida
que viene desde lejos, fugaz y enfurecida,
como si fuese el puño de gigantesco brazo
que chasqueara en las playas un fuerte latigazo...

En el último tumbo, sin llegar a la arena,
el león de la ola sacude la melena...
y se escuchan ruidos de campanas a coro,
entre las cuales suena un cascabel de oro...

Un millón de fauces de fieras africanas
ábrese, cuando sórdidas repican las campanas:
dientes de estalactita, encías de diamante,
y lenguas como el moco de trompudo elefante...

Franca extensión marina salpicada de espumas,
que son collar de perlas sobre cuello de brumas...
Vértigo cloruródico de aguas maravillosas
da en las playas el vómito de las piedras precio-
[sas...

(De su libro *Las Fuentes Iluminadas*).

De J. R. Casorla

La Educación de la Mujer

La Instrucción obligatoria

Dr. J. H. Clinton

Dr. J. H. Clinton
at Easton, Virginia

La Educación de la Mujer

HEMOS tratado, aunque ligeramente, de la educación Moral: hemos considerado como indispensable para su desarrollo la educación de la mujer; trataremos hoy de probar su influencia absoluta y exclusiva sobre la educación primaria del hombre.

Esta educación del sexo femenino ha sido completamente abandonada entre nosotros (en Alajuela). La causa que motiva este descuido no nos atrevemos a explicárnosla; si habrá sido intencional; si porque no se cree de suma importancia; si porque aun estamos preocupa-

dos con las ideas añejas de nuestros antepasados, esto es: que la mujer no debe instruirse, para *no asimilarla a los hombres, o para que se conserve en mayor grado de pureza*. Lo cierto es que por dos años ha estado la juventud femenina abandonada a sus propias fuerzas, y sabe Dios cuánto tiempo durará cerrado esta vez el *Templo de Vesta*.

No queremos ocuparnos en averiguar las causas porque, si no son hijas del egoísmo, lo son de la apatía. Pero nos desviamos de nuestro objeto.

Bajo cualquier punto de vista que se mire la educación de la mujer, vemos por último resultado al hombre como el inmediatamente beneficiado por ella.

¿No es ésta quien le inspira las primeras impresiones? ¿Quién le forma el corazón? ¿No es ésta quien le enseña a murmurar las primeras palabras? ¿No es ésta la que va inculcando los primeros sentimientos que más tarde llegan a desarrollarse en el hombre hasta determinar su porvenir? ¿No es a esta primera educación a la que debe-

mos la suerte, favorable o adversa, que nos acompaña más tarde hasta la tumba? ¿Quién al cometer una mala acción, si ha tenido la dicha de tener una madre que haya comprendido *sus deberes para con los hijos* no se aterra y se detiene porque recuerda un cuento análogo, una historia, un consejo de su madre cuando apenas era un niño?

El hombre cuya educación ha sido bien dirigida desde su cuna, nos dice el Padre *Jacinto*, si llega a perderse por los extravíos de la juventud, un día su corazón, aun cuando ya los cabellos blancos cubran su cabeza, le presentará dulces imágenes y le atraerá de nuevo a la verdad. *La madre es casi exclusivamente el agente de la educación primaria, porque esta educación tiene por objeto formar el cuerpo y el corazón. Después vendrá la razón y desarrollará sobre esta doble base... Si el niño no ha sido iniciado en la vida del espíritu... ¿Qué germen de florecencia y de frutos pudiera tratar de desarrollarse más tarde? Ajado en su inteligencia, no lo está menos en su corazón,*

porque antes de *poder resistir al choque*, ha recibido los golpes de rechazo de la vida pública. Está perdido para siempre. *El corazón del hombre virgen es un vaso profundo; cuando la primera agua que se echa en él es impura, pasará el mar y no lavará la mancha, porque el abismo es profundo y la mancha está en el fondo.*

Si esta educación es la base sobre la cual las demás tienen que desarrollarse, ¿qué esmero, pues, no debe emplearse para que la educación de la madre la ponga a la altura de su noble misión?

Pero la mujer no es sólo madre; la recomendamos bajo otro sentido, y sobre el cual queremos llamar especialmente la atención. *La ocupación de la mujer en la enseñanza primaria da muy buenos resultados*—proporciona un trabajo muy honroso a jóvenes bien educadas, y las hace aumentar con el estudio sus propios conocimientos.—La mujer se consagra con más afán al cuidado de los niños (nos dice el «Nacional de Lima»), se fija más en los detalles y no tiene las distracciones de la política, ni de los negocios

mercantiles. La dulzura de su carácter, sus atenciones con los niños de más tierna edad, contribuyen mucho a atraer a los discípulos y a inspirarles el deseo de complacerlas con su aplicación. Que las mujeres enseñen a niños de ambos sexos sirve para destruir la preocupación de inferioridad del sexo débil. El hombre que debe a una mujer sus primeros progresos en la ciencia, no puede abrigar semejantes preocupaciones, que son de funesta trascendencia para la sociedad. *Por el grado de respeto y estimación que disfrute la mujer, puede medirse el estado de civilización de las naciones.* Donde la mujer está reducida a COSA, o sigue siendo sólo capaz de las penas domésticas, *el pueblo no ha salido de la barbarie.* Cuando el niño, a los cuatro o seis meses de asistir a una escuela, se encuentra más sabio que su madre y no halla en las mujeres de su familia quien le ayude en sus estudios, naturalmente nace en él la idea de inferioridad del sexo débil. Pero donde este sexo se ensaya en la enseñanza, inspira más *respeto*; la idea de igualdad no queda en

mera abstracción, y la autoridad y el dulce nombre de *madre*, no se deja descender para perderse en el desierto de la indiferencia y del olvido.

(De *El Porvenir*, Alajuela, 1868).

La Instrucción obligatoria

HEMOS oído rebatir esta idea, y a no ser por las circunstancias locales, nuestros principios liberales también a nosotros nos obligarían a repelerla. Pero no debemos formarnos ilusiones: nuestro pueblo no está preparado para aceptar, de hecho, todas las doctrinas liberales. Hay algunas que, lejos de favorecerle, le dañan; el ejemplo lo tenemos en el caso presente: las Municipalidades han gozado de ciertas prerrogativas respecto a la Instrucción Pública desde muchos años atrás; repetimos hoy *¿qué han hecho?* (nos referimos a la de Alajuela). No dudamos que entre los Munícipes hay individuos animados de los mejores deseos,

pero erradamente dispone el hombre sobre una cosa que no conoce. El favor de los poderosos, o la exaltación a los altos puestos, puede hacer a los hombres grandes, mas no *sabios*. Pero, concedamos que haya una Municipalidad compuesta de hombres capaces y bien animados, y de un Gobernador inteligente y activo, ¿qué resulta? Juzguemos por lo que hoy sucede: que, donde la instrucción es escasa son pocos los que llegan a poseerla en alto grado, y esto da por consecuencia el choque y la rivalidad entre esos pocos. Entre nosotros, por desgracia, las inteligencias no pueden hermanarse—no siendo la instrucción uniforme, los resultados no pueden ser iguales.— Pero, supongamos también que éstos marchen perfectamente de acuerdo y que reunan todos sus esfuerzos para promover el bien de la Provincia. ¿Quién se atreve a predecir que el Gobernador y Munícipes que les sucedan poseerán las mismas cualidades, y que estarán animados de los mismos sentimientos? Si al tiempo de las elecciones se tuviera en cuenta la inteligencia y el mérito,

no hay duda que éstos seguirían las huellas de sus predecesores; pero, por desgracia, una triste experiencia nos ha llegado a convencer de que la intriga y las miras particulares son las que por lo común triunfan en estos actos, ¿y con qué fin? Con el de algún objeto particular. Entre nosotros, pocos son los que por puro patriotismo se interesan por la causa pública; siempre hay alguna cosa oculta, algún interés que, satisfecho, hace olvidar todo lo demás y extingue la chispa patriótica.

¿Qué hacer para evitar las consecuencias y poner remedio al mal? Ya en otra ocasión, y mucho antes de conocer las ideas del P. E., hemos dicho: La educación primaria es de más importancia para el Estado y para el Mundo, que todos los caminos y que todos los puentes, y sin embargo, tan poco que nos llama la atención: *día llegará en que la Nación, por su propia conveniencia y seguridad, tendrá que emplear toda su energía en hacer obligatoria la instrucción, y entonces, lamentará el tiempo perdido, por falta de leyes sabias que todo lo*

allanen y por temor al grito de la ignorancia que siempre se alarma de toda innovación. Ella, teniendo conciencia de su deber, debe convencerse del importante y sagrado deber que gravita sobre ella, de proteger al niño desvalido, porque éste, aunque con sus padres vivos, es víctima de la ignorancia y del interés. El padre lo quiere para sí, para que le sirva, y se aprovecha de su minoridad para saciar su ambición y llenar su bolsa; poco le importa la suerte del que considera su esclavo.

Aquí es aplicable el dicho de Leibnitz: —«Dadme la educación del género humano durante cien años y cambiaré la faz del mundo.»— Si el padre fuese instruido estaría a la altura de sus deberes y aliviaría la pesada carga que hoy gravita sobre los gobernantes, como sucede con muchos de los padres de familia de las ciudades. Pero no es este el caso. La educación entre nosotros está en su cuna: hay que luchar contra elementos adversos; hay que destruir añejos vicios y preocupaciones inveteradas para preparar el campo para la generación veni-

dera. El trabajo es largo y penoso, pero no irrealizable. Díctense buenas leyes, escójense buenos empleados, que haya un poco de patriotismo de parte de los encargados del Poder Ejecutivo, y el tiempo nos desengañará con sus benéficos resultados.

(De *El Porvenir*, Alajuela, 1868).

...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

De Rodolfo Castaing

Como Francisco I...

¡De pie los muertos!

Dr. H. H. H. H. H.

Some faint, illegible text or markings are visible in the center of the page, possibly bleed-through from the reverse side.



Como Francisco I...

LA lucha que acaba de verificarse, con fulgores casi de tragedia, en Jersey City, entre Carpentier y Dempsey, no ha sido, como la considera la generalidad de la gente, una simple pelea entre dos hombres que se disputan los honores de la supremacía de la fuerza. Ha sido algo más grande, algo más elocuente, algo más simbólico, hasta más terrible si se quiere: ha sido el encuentro de dos civilizaciones, el choque rudo de dos almas raciales, en el reducido espacio de un «ring», frente a los ojos apasionados de más de noventa mil espectadores...

La raza latina, que lleva siempre bajo el

guante de seda, suave y femenino, el puño de hierro que sabe golpear reciamente cuando el caso lo requiere, se ha enfrentado a la raza sajona, fría y calculadora, cuyo interés y egoísmo no le dejan ver más allá del fin práctico que persigue.

La primera se ha empeñado siempre en vencer, porque quiere vivir. La segunda sólo anhela vivir, porque quiere vencer.

Carpentier representa a la espiritualidad francesa, en todo aquello que tiene de atrevido y de galante, como es la alianza del brazo y del corazón.

Dempsey representa al espíritu emprendedor del yankee, dispuesto en todo momento a la lucha, sin importarle los medios, galvanizado por la obsesión profunda de hacer a un lado a su rival; y si éste, en su empeño muy humano de subsistir, se obstina en no apartarse, despedazarlo, pulverizarlo, reducirlo a la nada, con esa crueldad tan especial de ciertas aves, que se complacen en prolongar la agonía de su víctima.

Para Europa entera, donde Carpentier ha paseado, durante tantos años, el esplendor

de su musculatura triunfante, este atleta, gallardo y poderoso, es su ídolo. Hasta las mismas mujeres, en sus arranques de entusiasmo, le han ofrecido las mejores floraciones de su corazón, que aplaude a los fuertes y desdeña a los débiles.

Cuando estalló la guerra, Jorge Carpentier era un hombre consagrado al deporte: Pero eso no le impidió que acudiera sin vacilaciones a la llamada de su Patria, abandonando los triunfos, abandonando las glorias, abandonando el hogar, a ocupar su puesto de «poilu» en las trincheras, donde iba a luchar por una finalidad más grande que la de poner fuera de combate a un hombre con la fuerza de sus puños. Y se batió heroicamente, como se batieron todos los franceses.

Jack Dempsey, por el contrario, no creyó oportuno atravesar el Atlántico, para ir a decir a Francia, con el Comandante Stanton, en el Cementerio Picpus, pagando así una deuda de honor: «Lafayette, ya estamos aquí!»

Y vino la paz. Carpentier volvió victorioso a revivir su vida anterior.

Y he aquí que un buen día, el ansia mercantil de un empresario, le lleva a los Estados Unidos, a medir sus fuerzas con las del campeón mundial de boxeo.

La atención de los pueblos, apartándose de asuntos bastante delicados, se concentra por un momento en la lucha que va a efectuarse. La vieja Europa, casi por completo, pone sus esperanzas de triunfo y su orgullo continental en uno de los tantos héroes del Marne. Sólo Inglaterra no quiere decidirse. Carpentier, dicen los grandes rotativos ingleses, tiene todas nuestras simpatías, pero hay que reconocer que Dempsey parece invencible.

Y la clarividencia del inglés, desgraciadamente, se ha confirmado...

En los primeros asaltos, Carpentier recibe un terrible golpe en la nariz; mas no por eso disminuyen sus energías. Antes por el contrario, — cuenta el cable, — parece que reserva toda su fuerza para una acción final, que desarrollará valiéndose de su gran rapidez. «En el cuarto round, — decía en París, — espero vencer a Dempsey». Pero el yankee

acierta una vez más y rompe un ojo a su intrépido adversario. El triunfo, desde ese momento, está a favor de Dempsey. Luchar con un hombre herido, que acaba de perder un ojo, es luchar con medio hombre. Carpentier no cede y haciendo un derroche de valor, que sólo los estoicos conocieron, vuelve a la lucha. Tal vez la idea de que por cinturón lleva la gloriosa bandera de su patria, le hace despreciar el dolor físico y seguir, en tan desventajosas condiciones, una pelea que toma todos los caracteres de un encuentro bestial.

Por último, cuando con prodigios de valentía y de destreza, logra sacudir a su contrincante, resbala en su propia sangre y no puede levantarse más... Sólo entonces los jueces insensibles dan por terminado el torneo.

Dempsey sonríe socarronamente y se ajusta satisfecho su faja de campeón. Ha vencido nuevamente; sí, pero su victoria no es completa, porque aquel adversario, tumbado en el suelo, bañado en la sangre que respetaron las balas alemanas, al igual del

Aguila Napoleónica en Waterloo, ha triunfado también en su derrota.

Dempsey es el héroe de la fuerza, porque sus músculos han salido victoriosos; pero Carpentier es el héroe del valor, porque su indomable espíritu, que desdeña el dolor del cuerpo con un gesto sublime de desprecio, no ha sido vencido aún. Hasta allí no pueden llegar los puños de un mísero mortal.

Los Estados Unidos, con esta victoria, han demostrado poseer la fuerza física que triunfa sobre la materia. Francia, con esta derrota, ha probado una vez más, que es dueña del temple de espíritu que triunfa sobre las almas.

Y el valiente peludo del Mariscal Foch, cuando vuelva a su patria, tal vez con un ojo menos, pero orgulloso de esa proeza admirable de arrojo y de juventud, que ha empañado la gloria relativa del vencedor de Jersey City, podrá decir a sus amigos, como Francisco I escribió a su madre: «Todo se ha perdido, menos el honor!»

(Del *Diario de Costa Rica*).

¡De pie los muertos!

Las trincheras se inundan de metralla.
El sol, horrorizado de la guerra,
va buscando un abrigo tras la sierra
y tiñe en rojo el campo de batalla.

El fragor del combate, que no acalla,
retumba en los espacios y en la tierra;
el corazón del hombre al mal se aferra
cuando el fervor patriota en rabia estalla.

Los germanos avanzan por doquiera
y embisten con indómita constancia
a Beauséjour, final de su carrera.

«¡De pie los muertos!», grita en su arrogancia
el último viviente en la trinchera
y los muertos responden: «¡Viva Francia!»

(De *La Prensa Libre*).

De León Cortés

Discurso

Perfiles lugareños